

## SERMON

### DE LA OBLIGACION DE CORRESPONDER

Á LOS AVISOS DE DIOS.

PARA EL DOMINGO DE RAMOS.

(DE EGUILITA.)

*Ecce Rex tuus venit tibi mansuetus.*

Hé aquí tu Rey viene manso para tí.

*S. Mateo, c. 21. v. 5.*

Hoy nos dice el Evangelio, amados fieles míos, que viendo Jesucristo se llegaba ya el tiempo de padecer y morir por nuestro bien y remedio, se acercó á Belfagé, poblacion pequeña, que estaba junto al monte de las olivas, y no léjos de Jerusalem; y que desde allí envió á dos de sus discípulos, que, segun san Hilario y san Vicente Ferrer (1), fueron Pedro y Felipe, á una pobre aldea, que estaba enfrente, advirtiéndoles que hallarian en ella una jumenta con su pollino; que la desatasen y se la trajesen; y que si alguno llegase á ponerles algun reparo, le respondiesen, que el Señor los necesitaba.

Obedientes los discípulos ejecutaron puntualmente lo que les mandó su maestro; y llevando la jumenta con su cria la prepararon con sus capas ó mantos, enfin con la mayor decencia que les fué posible, para que subiese á caballo el Redentor. Hizolo así Jesucristo, dando cumplimiento á una profecía de Zacarías (2); y de esta suerte se fué acercando á Jerusalem, de donde

(1) *Hilar. in Matth. c. 21. Vinc. Ferr. Serm. 2. hic.*

(2) *Zach. c. 9. v. 9.*

con la noticia de que iba el Salvador, salieron á recibirle con raras demostraciones de alegría y de honor. Unos echaban las capas en el suelo, para que pasase sobre ellas y le sirviesen de alfombras; otros cortaban ramos de oliva, de palma y de otros árboles, para hacer la entrada mas plausible; y todos entonaban aquella insigne aclamacion: *Hosanna filio David: benedictus, qui venit in nomine Domini*, que quiere decir, segun expone san Vicente Ferrer (1), ruégoos, Hijo de David, que nos salves en las alturas: bendito sea el que viene en el nombre del Señor; confesándole de esta manera por su rey, por su salvador y Mesías prometido.

Esta es, fieles míos, la letra del Evangelio, todo reducido, como habéis oido, á manifestar la pompa con que Jesucristo entró en la ciudad de Jerusalem; y esta solemnísima entrada significa en el sentido moral la que pretende hacer su Majestad en la mística Jerusalem, que es nuestra alma. Por eso dice el Evangelio, que viene para nosotros, *venit tibi*; para nuestro bien, para nuestra propia utilidad, para que salga el pecador del infeliz estado de la culpa, y corresponda despues agradecido á sus excesivas finezas. Si así lo haces, cristiano, lograste, dice san Juan Crisóstomo (2), los efectos de su venida; como por el contrario, dice el santo, si no te das por entendido, vendrá contra tí, el que viene para tí. Á consecuencia de esto, fieles míos, ha de ser mi asunto esta tarde, proponeros la suma importancia que nos va en corresponder á la vocacion de Dios, á sus auxilios, inspiraciones ó llamamientos. Oh qué punto este! Dios quiera darme acierto para proponerlo, y á vosotros atencion para escucharlo con fruto. Pidamos ántes la divina gracia, diciendo: *Ave María*.

Dos extremos, verdaderamente contrarios, son hoy, amados fieles míos, los que me tienen atónito y suspenso; y se reducen, á que así como en un instante, si lo aprovecha, puede mejorarse del todo una alma, que estaba en el último extremo de perdida, así tambien del mismo instante, si lo malogra, puede pender su eterna perdicion: en un instante aprovechado me

(1) *Vinc. Ferr. de Ram. Serm. 2.*

(2) *Chrysost. Hom. 23. in Matth. et Homil. 21. imperf.*

puedo salvar, y en el mismo instante malogrado me puedo condenar. Para decirlo mas claro: de corresponder ó dejar de corresponder á una inspiracion ó llamamiento de Dios en tal ocasion, que yo no sé cuál es, y solo Dios lo sabe, puede pender, ó mi salvacion eterna, ó mi eterna condenacion. Espantosa materia por cierto! ¡terrible punto, pero al paso que terrible, verdadero! *Territus terreo*, os digo con el grande Agustino (1): todo me lleno de espanto, de miedo y de terror.

Es del todo cierto y verdad católica, que todo esto, que á nuestros ojos y á nuestra ignorancia parece una contingencia ó un acaso, no lo es en realidad, sino disposicion altísima, que allá desde su eternidad la está Dios previendo con su infinita sabiduría. Acaso puede parecer el entrar en una iglesia y oír por entónces al predicador; acaso puede parecer el que se toque en una visita la conversacion espiritual, que hiera y punce el alma; acaso puede parecer el llegar á un confesor, cuyas verdades y desengaños le hagan sospechar con fundamento sobre sus confesiones y comuniones; acaso puede parecer el que se presente á los ojos un entierro, que le dé un vuelco al corazon; acaso puede parecer una desgracia ó una pesadumbre, que le manifieste los desengaños del mundo; y con todo eso no son acasos ó casualidades, sino medios de que Dios se vale para convertir al pecador, y de cuyo aprovechamiento puede pender nada ménos que la eterna salvacion.

Pues, católicos oyentes míos, hoy viene Jesucristo, como habéis oído, con vivos deseos de que le admitan los pecadores en sus almas, alistándose debajo de sus banderas y rompiendo la infame alianza, que han tenido hasta aquí con el demonio. ¿Quién sabe, si de esta ocasion está pendiente, ó su eterna dicha, si la logra, ó su condenacion eterna, si la pierde? ¡Ay, fieles míos, y qué contingencia tan formidable! Esto es lo que me hace temblar y estremecer todo de piés á cabeza, dice el apostólico Señeri (2).

Válgame Dios! ¡que de corresponder ó no corresponder á una inspiracion ó auxilio, puede pender el salvarse ó condenarse! Así es, oyentes míos; artículo es de fe, y por consiguiente verdad infalible que no puede faltar. Justos y pecadores, cargád la consideracion sobre este punto. De un auxilio aprovecha-

(1) *August. Homil. 11. int. 50.* (2) *Señeri, Serm. 21. quar.*

do, aunque parezca muy ligero, v. gr. no perder una doctrina, dar una corta limosna, sufrir con paciencia un desacato, y otro cualquiera que sea, puede pender vuestra felicidad eterna; como por el contrario, de un auxilio malogrado, aunque sea muy pequeño, puede pender vuestra eterna desgracia.

Volvéd pues ahora los ojos hácia vosotros mismos, y examinád cuántos avisos os ha dado la Majestad del cielo en esta cuaresma, para que miréis por la salud de vuestras almas; pero ¿quién podrá decirlos ni ponderarlos? Si damos una ojeada por los justos, hallaremos que les ha comunicado la bondad de Dios luces las mas vivas y penetrantes. ¡Oh cuántos auxilios, para que dejen aquel afecto oculto del corazon, que les inclina miserablemente á que los celebren y aplaudan de virtuosos! ¡oh cuántos avisos, para que mejoren de vida, cortando aquella inclinacion de hablar inútilmente, y aún de censurar el buen ó mal proceder de su prójimo! oh cuántas aldabadas, para que corten aquellas aficiones y complacencias de sí mismos, de sus prendas y de sus personas! ¡oh cuántos remordimientos sobre su paradero, despues de tan repetidas confesiones y comuniones! Si ponemos los ojos en los pecadores, veremos igualmente que no ha cesado la divina misericordia de llamar por varios medios á las puertas de su corazon. Oh qué latidos les ha dado tan crueles! qué sobresaltos tan tremendos! ¡qué angustias tan mortales, al considerar el estado miserable de sus almas! Aún hoy mismo, sin embargo de sus continuas deslealtades, viene de nuevo franqueándoles los tesoros de su piedad, *ecce Rex tuus venit tibi*; hoy viene mostrándose compasivo y con eficaces deseos, de que le aclamen por su Rey, poniéndose debajo de su divina proteccion, y dando de mano á la infame amistad, que han mantenido hasta aquí con su mas cruel enemigo, el demonio.

Hasta cuándo pues ha de durar la ingratitud? Almas cristianas, hombres que há tanto tiempo que vivís en el peligroso letargo de la culpa, ¿será posible que aún no se rinda vuestro corazon á vista de tanta piedad? Ya veis las repetidas aldabadas con que Dios ha llamado á las puertas de vuestro pecho; ¿será posible que aún os hagáis sordos y desentendidos! Siete dias, que son los de la semana, rodearon los sacerdotes con sus trompetas á la ciudad de Jericó en tiempo de Josué, y sin otras má-

quinas militares cayeron sus muros en el dia sétimo (1). Pues no siete dias solos, no una semana sola, sino siete hace ya que los sacerdotes del Señor andan cercando la ciudad de las culpas con las tubas ó trompetas de la predicacion evangélica; ¿y será posible que aún no caigan los muros de la viciosa Jericó! Á los cuarenta dias recibe la vida y alma el hijo varon en el vientre de su madre, segun dice, con el Filósofo (2) san Cirilo Alejandro (3); esos mismos dias, ó muy cerca de ellos hace, que nuestra madre la Iglesia está formando varones en su seno para la campaña espiritual. Hijos de tan buena madre, ¿será posible que aún no tengáis alma de verdadera virtud y la vida verdadera de la gracia! ¿En qué os fundáis para tan grande ingratitud, arrojo y temeridad? ¿Quién sabe si este es el último aviso y desengaño, y por consiguiente pende de él, por no aprovecharlo, vuestra eterna condenacion? ¡Infelices de vosotros, si os sucede, como justamente lo podéis temer, en pena y castigo de tanta rebeldía y obstinacion!

No puedo negar, fieles mios, que está en manos de Dios el negocio de nuestra salud eterna; pero advertid igualmente, que aunque Dios quiere que todos se salven, quiere asimismo que todos se ayuden, poniendo por su parte los medios y correspondiendo á los auxilios del Señor; y por falta de esta correspondencia se va retirando de nosotros, y abandonándonos á nosotros mismos; es decir, que en castigo de nuestras ingratitudes y delitos, nos niega su Majestad aquellas luces vivas y penetrantes, que otras veces nos daba con suma liberalidad.

Es Dios nuestro Señor un padre tan amoroso, que sin embargo de las repetidas ofensas de los hombres, movido de sus entrañas piadosas, los visita y llama frecuentemente, ya con avisos, ya con sermones, ya con trabajos, ya con el buen ejemplo de su prójimo, ya proporcionándoles en fin un buen confesor, que los instruya, que los desengañe y se desvele para ponerlos en carrera de salvacion; pero qué sucede? Ó abismo de la justicia divina! Unos hay, que sin embargo de las voces del Señor, se hacen sordos voluntarios, llegando á cegarse de tal

(1) *Josue*, c. 6. ex v. 3. (2) *Arist.* l. 7. *Hist. animal.*  
 (3) *Cytil.* *Alex.* l. 8. et 15. de *adorat.*

suerte, que no ven su estado miserable, y cada dia se precipitan mas y mas; ni hacen caso de la palabra de Dios, en que pudieran hallar, como hallan otros, su remedio; ni hay confesor por zeloso que sea, que les abra los ojos y pueda contenerlos en la carrera de sus vicios, porque permite Dios que malogren sus avisos: aún por altos juicios del Señor, no encuentran confesor que los amoneste y haga frente á sus desórdenes; por lo que viven con una falsa seguridad; en una palabra van soltando la rienda insolentemente á sus gustos infames, con mil ignorancias, juicios errados y torcidos modos de concebir en órden á la salvacion, porque Dios en castigo les va retirando su luz.

Otros hay, que se animan y se levantan, recurriendo á su Hacedor divino, para que los forme de nuevo en el ser de la gracia; y en virtud de su compuncion, de sus lágrimas y arrepentimiento, los que ántes eran vasos de inmundicia y de contumelia, quedan ahora vasos de honor, y escogidos; pero por cuánto tiempo? No ignoro que muchos con firmeza y perseverancia, y aún adelantando cada dia mas y mas en el camino de la virtud, como se vió en san Pablo, en la Magdalena y en otros innumerables; mas, ó dolor! la mayor parte de los mismos vasos de esplendor, al impulso de una pasion torpe ó de sus apetitos desarreglados, vuelven á caer, se quiebran y vierten el licor de la gracia de Dios, y de esta suerte prosiguen cayendo y levantando, hasta que por último, cansado ya su Majestad de tanta ingratitud y rebeldía, los deja vasos rotos, vasos de ira y de reprobacion. Sirva si no de ejemplo lo que hizo Cristo nuestro Señor con el infame y alevoso Júdas en la noche de la Cena.

Bien sé, le dice (1), bien sé la traicion que tienes dispuesta contra mí; acaba de ponerla por obra, dáte prisa. Dios y Señor mio, qué es esto? Vos mandáis tan gran maldad? No es mandato, dice san Juan Crisóstomo (2). Vos, suma bondad, aconsejáis tal accion? No es consejo, repite el santo. Pues qué viene á ser? Ya lo dice el santo doctor, y lo mismo san Ambrosio y Teofilacto (3); fué justo juicio, con que el soberano Maestro desamparó á Júdas, como incorregible. Oid, fieles, la justificacion de este oculto y temeroso juicio.

(1) *Joann.* c. 13. v. 27.

(2) *Chrysost.* in *Joann.* c. 13. *Homil.* 71. vers. *Quod facis, fac citius.*

(3) *Chrysost.* *ibid.* *Ambros.* l. 2. de *Abel.* *Theophil.* in *Joann.* c. 13.

Viendo nuestro Redentor la resolucion de Júdas, empieza compasivo á enviarle avisos, para que se enmiende; ya le muestra la fealdad de su culpa y la esclavitud del demonio (1); pero no se aprovecha. Dícele su estado miserable, afirmando á sus discípulos, que estaban limpios de pecado, aunque no todos (2); no hace caso. Pasa tambien á manifestarle la pena y desdicha que le aguarda, asegurando que mejor le hubiera sido no haber nacido (3); se hace sordo. No contento con esto se arroja tambien á sus mismos piés, y se los lava con sus preciosas y divinas manos (4): ni aun así se da por entendido. Llega por último, para obligarle mas, á darle amigablemente la mayor fineza, que se ha visto, ni se ha de ver jamas, pues no fué ménos, que su mismo cuerpo y su misma sangre (5); pero él endurecido ya, desprecia tantos favores. Ea Júdas, dice Jesucristo, ya no hay mas plazos, ya se cumplió el número de mis avisos, acaba de irte de mi presencia; véte de aquí, que estás incorregible; acaba ya, que desamparado por tus culpas, despues de venderme y entregarme, morirás desesperado y te condenarás para siempre.

Ó admirable escarmiento de pecadores! ¿Qué será de ti, alma cristiana, si este es el último aviso, y lo desprecias? ¿de quién te podrás quejar, si te sucede lo que á Júdas? Ya se ve, que de ti misma; y si no díme para tu mayor desengaño: si un juez severísimo, despues de haber resuelto, que diesen asalto á un malhechor, para prenderle y ahorcarle, como lo pedian sus delitos, le enviase un recado confidencialmente, para que se pusiese en salvo, ¿no dirias que no queria el juez hacer justicia con este hombre? Y si despues de este aviso, ¿le enviase otro y otros, no lo dirias con mas razon? Pero si con todo esto el malhechor permaneciera en su casa, y llegado el punto determinado le prendiesen, y por consiguiente le ahorcasen, ¿quién tendria la culpa? de quién podria quejarse? No es verdad que de sí mismo?

Pues, hombre pecador, reflexiona bien este símil, que de medio á medio te comprende. ¡Cuántos avisos te ha enviado ya el juez mas recto, Jesucristo nuestro Señor, de que por tus pecados estás sentenciado á eterna muerte! Oh cuántos y cuán

(1) *Joann. c. 6. v. 71.* (2) *Joann. c. 13. v. 10.* (3) *Marc. c. 14. v. 21.*  
(4) *Joann. c. 13. v. 5.* (5) *Joann. c. 13. v. 26.*

eficaces! Te avisó por medio de los trabajos y contratiempos; te avisó por medio de los predicadores y confesores; te avisó con el remordimiento de tu conciencia; te avisó con la muerte que pasó delante de tus ojos, y por otros muchos medios que tú sabes: aún ahora mismo te llama su piedad, y te está diciéndo á las puertas del corazon: deja esa torpe amistad; da de mano á esos tocamientos inmundos; abandona ese trato injusto que te precipita miserablemente al abismo: apártate de esas malas compañías, que son la causa de tu perdicion eterna; resuélvete por último á buscar tu remedio en las aguas de una buena confesion, que es el único medio para lograr el cielo. Y ¡que sin embargo no hayas querido darte por entendido! ¡Que aún ahora mismo desprecies el particular impulso, que Dios te envía! Guárdate pues, que no sabes el día ni la hora; guárdate, que no sabes, cuál será el último pecado; guárdate, que no sabes, cuál será el último aviso; guárdate bien, porque de lo contrario vendrá sobre ti, cuando ménos lo pienses, el golpe de la divina justicia, dice el profeta Ezequiel (1). Bien claramente lo has visto en el ejemplo de Júdas; pero á mayor abundamiento quiero, que lo veas tambien en otro pasaje de la Escritura. Pon los ojos en el rebelde Faraon; mírale anegado, cuando ménos lo pensaba, en las aguas del Mar bermejo (2). Sabes por qué? Ya lo dice san Gerónimo (3). ¿Qué no hizo Dios por atraer á Faraon á su rendida obediencia? Le habló por medio de Moises y Aaron repetidas veces, ya benigno, ya severo (4); hizo maravillas las mas asombrosas en su reino para el mismo fin, por medio de la vara de Moises (5); le afligió por espacio de dos meses, y aún, en sentir de muchos doctores, por espacio de un año (6), con diez plagas y calamidades horribilísimas, para que volviese sobre sí; pero sin embargo se mantuvo siempre duro é insensible como una piedra. Ved pues ahí dice el doctor máximo, por qué muere por ultimo en lo profundo del mar, cuando ménos lo piensa en castigo de su dureza, en castigo de su rebeldía, en castigo de su sordera infame á tantos avisos del Señor.

Ó ejemplar el mas asombroso! ¡ó ejemplar digno de estamparse en nuestros pechos para perpetua memoria! Hombres

(1) *Ezech. c. 33. v. 5.* (2) *Exod. c. 14. ex v. 24.*  
(3) *Hieron. in Jerem. c. 32.* (4) *Exod. c. 5. v. 7. et seqq.*  
(5) *Exod. c. 7. ex v. 9.* (6) *Tirin. in Exod. c. 8. vers. nota tertia.*